



“LO NUNCA ESCRITO”

—Mané—



II CERTAMEN DE RELATOS CORTOS “INOCENCIO BUITRAGO PRIVADO”. PEPINO

**En un lugar de la vasta heredad de La Mancha, en el que nunca
fueron conocidas nuevas de él, 15 de enero del Año del
Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1604.**

Un viento intempestivo y helador abre con estrépito los postigos de la ventanilla de la cocina, sahumada en ese instante por los beatíficos aromas de los guisos que burbujan en los peroles de barro que, sobre trébedes tiznadas de hollín, están sometidos al calor del fuego de la chimenea, los palos de olivo crepitando con brío.

— ¡Pardiez, servidme raudo una escudilla de esa sopa de ajo que anda escaldando, que el frío me ha amortajado el tuétano de los huesos!

Sola como creía estar en la cocina, a la mujer se le hiela la sangre y se le guillotina la respiración al escuchar la voz cavernosa. Al girarse, descubre a un individuo, envuelto aún en la fosforescencia cegadora tras la cual se ha materializado. A la cocinera, que frisa la edad del aparecido y le sobran las carnes que él precisa, se le escapa un pavoroso grito. Una enorme fuente de gachas manchegas se hace añicos en sus pies al escurrírsele de las manos. Su rostro, coralino y sublime como luna llena, empalidece súbito, como si hubiese absorbido de manera fulminante la blancura cerosa de la cara enjuta del aparecido, digna de ser ensuciada con tinta de imprenta para así dejar de remedar con tanta certitud la faz de un fantasma condenado a vagar tras haber sido desterrado de su sepulcro.

—Pero ¿qué le ocurre, buena mujer? A la vista de la lividez de su semblante, voto que cualquiera que tuviese el juicio y entendimiento tan sanos como yo luzco los míos, bien podría juramentar sobre las Sagradas Escrituras que vos acabáis de ver al mismo Belcebú.

La mujer, que se persigna con urgencia, lo escruta de arriba abajo, boquiabierta y asintiendo con la cabeza, sus ojos echando chispas como rayos que presagian tormenta seca.

— ¿Quién es vucencia y qué hace en esta santa casa? —Le inquiere la mujer, respetuosa— ¿Y por dónde ha entrado? —Pregunta inquisidora, aturrullada. —Váyase de aquí presto, o pegaré tal berrido que antes de un Santiamén se presentarán en esta cocina todos los arcabuceros de los Tercios de Su Majestad el Rey Felipe III.

—Eso mismo; berree para que se le escuche en los confines del mundo. O mejor aún: rebuzne bien alto y muy claro, para que sea conocido por la cristiandad que bajo esa apariencia de deleitable yegua que vos luce, no se halla sino la burra que yo refiné con esmero, enseñándole los buenos modales que ahora parece haber echado al bacín.

Sin perder de vista al hombre, la mujer tantea en el interior de la artesa que está a su espalda; echa mano a un cuchillo que, en menos de un segundo, blande con coraje y pulso firme frente al intruso.

—Pero ¿qué hace, buena mujer con afán de asesina? Baje esa faca de matarife, que no ha de encontrar en mí oponente que blanda espada contra su fiel sirvienta.

— ¿Yo su fiel sirvienta...?

—Siii, y bien lo sabe Dios y cuantos pisaron el suelo de aquesta cristiana morada. ¿O acaso olvidó ya lo años que lleva de cocinera a mi servicio en esta hospitalaria casa? Y agradézcame que yo no le doy mucho trabajo. Porque a la vista de mi extrema delgadez, o yo engullo como un gorrión sin nido o vos trabaja poco y mal.

— ¿Esta su casa? ¡¡¿Yo su sirvienta?! Usted ha perdido el oremus, o lo mandaron desde el cielo, o desde el mismo infierno, a esta vida ya loco de remate.

— ¿Cómo osa faltarle el respeto a su amo? Está claro que sufre encantamiento, e ignora que le habla a un caballero tocado por el dedo de Dios para desfacer agravios y enderezar entuertos, así como para acometer gloriosas hazañas y gestas épicas que serán ejemplo y orgullo para la Humanidad. Pues sepa una cosa, doña ignorante: padece tal confusión que no es capaz de avizorar la figura de este ingenioso hidalgo —se toca el pecho— reflejada nítida en sus ojos. Me tiene delante de sus narices, y está ciega; no atinará a ver cómo antes de que canten los gallos he de transfigurarme en un caballero andante que habrá de ser reconocido y recordado en el planeta entero por toda una eternidad. Y si es menester, para conseguirlo me despojaré con humildad del fino jubón, de los greguescos, de la valona y de los borceguíes, de las medias y de los zapatos con tacón de corcho. Dejaré arrumbadas sobre el catre esas cómodas vestimentas, ¡emblema irrefutable de mi hidalguía! —eleva la voz y alza la mano, la mirada puesta en el techo—, y lustraré la armadura y las armas de mis antepasados, que tan vigentes son hoy como antaño para despejar los caminos de salteadores y malandrines, como también para engrandecer los dominios del Imperio. Así pues, déjese de monsergas y sírvame con diligencia esa sopa de ajo antes de que pierda los estribos y monte en cólera, y échele al caldo un poco de sustancia, aunque sea un cardo borriquero de los que crecen en el muladar, pues es preciso alimentar mis fuerzas para mañana, cuyo

romper del alba traerá consigo la gloria de una fecha para la posteridad. —Parlamenta el hombre, poniendo voz de ultratumba mientras toma asiento en el banco.

La mujer recula, sin perder de vista a semejante mamarracho de persona, a la que, a buen seguro, tumbaría de un sopapo bien dado, y que le da órdenes y la intimida como si fuese un marqués, aunque no es más que un fantoche con las flacas piernas revestidas por las calzas, el hundido pecho cubierto por un peto de hierro y la cabeza, nada regia, tocada con la bacía de barbero que él considera el yelmo más excelso con el que pueda pavonearse un noble. Toma la cocinera un cazo de madera y lo introduce en la olla de barro que humea en la lumbre, apoyado sobre la trébede de hierro que el fuego del hogar ha cubierto con varias mortajas de hollín. Vierte la sopa sobre un tazón y se lo acerca al *invitado*, empujando el recipiente desde el otro extremo de la mesa, esquivando un gran cesto de mimbre colmado de hortalizas, verduras y legumbres, y que un mozo ha dejado allí tras la compra en el mercado, a la espera de ser organizada la manducatoria en la alacena.

— ¡¡Don hideputa este don calducho!! —Grita el hombre al dar el primer sorbo a la sopa hirviendo. — Veo que su intención es callarme la boca a base de chamuscarme la lengua, ¿verdad, doña Satanasa? Un buen mandoble tendría que pegarle por su fechoría, malandrina, que si no la llamo sierva de Satanás es porque yo soy su amo y custodio. Por intercesión de Dios es que ahora se libra de mi furia intempestiva, y porque yo me he impuesto el deber de dar socorro a viudas y amparo a doncellas virgo o desfloradas. Y, además, no será mi persona quien lastime esas carnes lustrosas y horondas junto a las que algún cabrón sueña recuestarse, yacer en pacado, y pacer en ellas como un cerdo para transfigurar a su esposo en un cornudo.

— ¡Válgame Dios y las tres Marías! —Vuelve a persignarse repetidamente. — Y encima mal lenguado.

—Cómo no habría de ser mal lenguado si ha hecho que me eche al gollete los orines hirviendo de Satán, so hembra bellaca... Mal parecen empezar las aventuras que me han de dar gloria. Empero no por una simple quemadura huiré de mi destino como si fuese un cobarde y un mentecato. ¡¡Ni hablar!! Estoy preparado para enfrentarme y doblegar a cuantos gigantes se crucen en mi camino, igual que lo estoy para desenmascarar a mil rufianes y para hacer huir a cuantos malandrines osen poner en cuestión la honra de las doncellas vírgenes. Defenderé mi patria y conquistaré ínsulas, y seré generoso con mi escudero tras acometer estos desafíos, que habrán de convertirse en loables hazañas para honrar a mi amada y para que ella se enorgullezca de mí. Cabalgaré día y noche si ello fuere preciso, y andaré sin descanso hasta completar los trescientos sesenta grados de este globo de agua y tierra que tenemos bajo los pies, y

muchas serán las gentes humildes, como también las nobles, que, sabedoras de mis heroicidades, glorificarán mi nombre, así como las victorias por mí alcanzadas.

La mujer, mientras habla el hombre, no deja de servirle jarras de vino, animándolo a beberlas de un trago, para ver si así logra emborracharlo y callarlo. Pero el hombre endereza su yelmo, retoca su coraza, y continúa con su perorata, poniendo en sus palabras el mismo énfasis que si las pronunciase en la Corte ante un nutrido grupo de Nobles y Su Majestad.

—Jamás habrán de echarme a olvido cuantos menesterosos tengan a bien lograr la gracia de mi protección, ni cuantos agraviados por mí sapiencia y valor sean defendidos. Liberaré a los oprimidos, pues me parece duro, y es gran injusticia, hacer esclavos a los que Dios en el cielo y la naturaleza en la tierra hicieron libres. Me batiré en duelo de caballeros por conquistar el amor y defender el honor de mi enamorada. Lucharé contra los encantadores y sus nigromancias. Seré paladín de damas que puedan... ser... secuestradas. Defen... defenderé... la... hon... ra de r-e-i-n-as y p-r-r-r-i-n...

El sopor traba sus palabras y enlentece su discurso. El hombre recuesta la cabeza sobre la mesa. Una fuerza extraña lo arrebató, acarreándolo a un tiempo pasado y a un lugar distante a miles de leguas...

**Batalla de Lepanto. Galera Marquesa, hora Prima del 7 de octubre del Año
del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1571.**

La mar, quizá contagiada por el fragor del combate, hace cabecear a la embarcación. Una ola poderosa rompe contra la amura de estribor de la nao, formando una sinfonía de espuma. Las gotas de agua espabilan al escuálido *polizón*, que ha aparecido como por ensalmo sentado a horcajadas sobre el bauprés de la galera Marquesa, como si montase sobre el espinazo de un jamelgo famélico. Agarra con fuerza unas drizas que él cree que no son sino las riendas de un caballo real. Las detonaciones y los gritos son ensordecedores. Mantiene los ojos bien abiertos, como espantados, para no perder detalle del combate, que se ha generalizado sin orden aparente, lanzándose unas galeras contra otras en una disputa esquizofrénica. Disparos y cañonazos enjalbegan el cielo de humo; gritos y lamentos resuenan por doquier, de proa a popa, de babor a estribor, desgarrando la atmósfera. La batalla es descarnada; la destrucción, total. Mira el hombre hacia abajo. La planicie marina está cubierta por una mortaja tejida con cadáveres y despojos humanos, en la que parecen haber quedado encalladas las naves en liza, como los insectos quedan atrapados en las telarañas. Cada cierto tiempo se forman portentosos remolinos de agua; como sumideros enfurecidos hacia las entrañas abisales del mar, se tragan las embarcaciones destruidas por el fuego enemigo. A pesar de la fiereza de los enfrentamientos, el hombre aparenta estar hipnotizado, como si buscase una respuesta a lo que está viviendo, ajeno a la cruenta lucha que a escasa distancia han

entablado las naves capitanas de las escuadras española y turca, La Real y La Sultana, comandadas por don Juan de Austria y Alí Pachá respectivamente. Sin embargo, una tremenda explosión lo devuelve a la realidad inmediata de la Marquesa. La nave española ha arremetido contra una galera turca, embutiendo el espolón de proa en ella; alcanzando hasta la cuarta banca de remos, ensarta a varios galeotes. Las descargas de artillería de uno y otro barco causan incontables bajas. Entre la humareda, un soldado de veinticuatro años advierte la presencia de él, que continua a lomos del palo bauprés. El joven militar baja la guardia por unos momentos, sus ojos clavados en el hombre que está encabalgado sobre el palo que sobresale por la proa del navío; es la viva representación del personaje que lleva meses dándole vueltas en la cabeza como posible protagonista de un libro de caballería que tiene en mente escribir en un futuro, si es que logra salir con vida del combate. Ignora que unos soldados turcos, armados con arcabuces, apuntan hacia el lugar donde se encuentra. Disparan.

El joven marinero yace sobre la cubierta de la galera Marquesa alcanzado como ha sido por varios disparos.

El hombre abre súbito los ojos. Pasa la lengua por la comisura de la boca, recogiendo el hilo de baba que le chorrea, con sabor vinoso. Frente a él puede ver a una marabunta de gente que le resulta conocida. Aunque no conoce sus nombres, reconoce con claridad al escudero Sancho Panza, a su amada Dulcinea, al historiador árabe Cide Hamete Benengeli, al cura Pedro Pérez, a su sobrina Antonia Quijano, al barbero Maese Nicolás, al sabio Frestón, al Labrador Pedro Alonso, a la pastora Marcela, al ventero Juan Palomeque el zurdo —está acompañado de su mujer e hija—, a la moza asturiana Maritornes, al bachiller Sansón Carrasco... Entre la grey de doncellas, ramera, pastores, labriegos y rufianes —gente de distinta condición que se apela en la cocina—, alcanza a ver la testuz de Rocinante y las grandes orejas del rucio del que habría de ser su fiel escudero. Todos lo miran con angustia, como si en los ojos del hombre quisieran hallar la respuesta a la angustia que les embarga, que no es sino desconocer la providencia que van a correr todos ellos en las horas venideras.

El hombre, aún preso de cierta confusión, y como si estuviese experimentando una bilocación —a un mismo tiempo sentado en el bauprés de la galera y en el banco de la cocina—, mira hacia el lugar de donde parecen provenir los ecos de la refriega de la que sigue siendo testigo. Avizora de nuevo el cuerpo del joven soldado malherido, yacente sobre la cubierta de La Marquesa; parece abocado a dar el último estertor. Al girarse de nuevo hacia los personajes de la cocina, ve que estos se esfuman de manera repentina. Observa a la mujer dirigiéndose hacia él a toda prisa, blandiendo una sartén en la mano. Sin duda, pretende propinarle un golpe para mandarlo de vuelta al Parnaso o al lugar de donde haya escapado

o desde el que lo hayan echado a patadas. El hombre se palpa la cabeza para comprobar si la jofaina sigue en el lugar donde la colocó. Mas al descubrir su falta tiene que taparse la testa con las manos, pues el escaso pelo que tocan sus dedos no es suficiente protección contra el arma y la furia de una mujer cuyo cuerpo hace el triple de su triste figura. Pero cuando se echa contra él, la cocinera solo atina a golpear la mesa con todas sus fuerzas, pues el hombre se volatiliza delante de sus ojos como por arte de brujería. Queda atónita, sus ojos escudriñando los rincones más recónditos de su cocina.

El hombre, ya cautivo en una dimensión desconocida que a él le parece una cruel mazmorra, admite en su fuero interno que ha perdido la razón, de tal manera que no sabe ni cómo se llama; que podría hasta confundir un molino con un gigante o unos pellejos de vino con unos gigantes o a un cura con una princesa ante la que arrodillarse.

Una marejada de lucidez le hace comprender entonces que el 16 de enero de 1604 no verá la luz libro alguno en el que se narren sus andanzas. Porque a ningún escritor le alcanzó con vida el necesario talento y la suficiente imaginación como para ponerle un nombre reconocible por los siglos a un hidalgo menesteroso y desconocido, y mucho menos para escribir con pelos y señales de su existencia, que no sería sino la de un pobre hombre que enloquece leyendo libros de caballería y se cree llamado a ser un ingenioso caballero medieval andante, cuya historia, si hubiese habido una mano diestra que hubiera podido escribirla, habría sido universal, conocida por toda la Humanidad...